

de Suiza y Bélgica, Holanda y Alemania, hasta la frontera de Irún.

Lamentable odisea, que termina con el regreso a la casa propia, al hogar tan alegremente abandonado pocos meses antes, para salir a distraerse, a pasearse por Europa, sin sospechar que bajo los pies ardía con volcánico ardor el suelo, y sobre las cabezas se cernía la negrísima nube preñada de muerte y de horror...

* *

Y entre el estrépito de los acontecimientos ya sucedidos y el presentimiento y recelo de los que se preparan y todo el mundo teme — ha pasado casi inadvertida la muerte de Lemaître...

Yo hasta no sé si se ha confirmado, y si no va a resucitar el eminente escritor, como diz que resucita un personaje bien distinto, el Manesmann fusilado en los relatos de la prensa, por un delito propio de otros tiempos, en que el patriotismo, que hoy debe ser una convicción para todo racional, era un instinto ciego y furioso, grandiosamente bárbaro. Creíamos que esos Manesmann, de los cuales se ha hablado tanto hace algún tiempo, cuando vinieron a sobajarnos a Madrid, eran algunos especuladores y tratantes, que buscaban redondear su ya no muy cuadrada fortuna; y cáte que nos resultan (si todo lo escrito sobre el caso no es un superior infundio) unos patriotas del género de aquel boticario, cuya existencia no está probada, pero que, por su color local, fué muy del gusto de novelistas y cuentistas, y que envenenó la cena dispuesta para los oficiales franceses que alojaba, allá en 1808, y como ellos sucumbió entre atroces retortijones y cólicos mortales. Los Manesmann, según fama, echaron una cantidad respetable de *mort aux rats* en las sacas de harina destinadas a la alimentación del ejército francés. *Si non è vero...* De todas suertes, y conocida por acá la tendencia de los Manesmann, no extraño que los franceses les quieran a cien leguas de sus colonias.

* *

A reserva de que se confirme o no la muerte de Lemaître, digamos que, si en el momento presente, Francia piensa en cosas muy distintas de la literatura, con Lemaître no deja de perder, no diré una provincia del territorio, pero sí un dominio especial del pensamiento.

Julio Lemaître nació en Turena, país legítimamente *gaulois*. No tiene más biografía que la literaria; y nótese que esto ocurre con muchos escritores de esta época, mientras los del romanticismo tienen siempre a su disposición tres o cuatro aventuras que adornen y dramaticen sus mocedades. El único drama que aparece en la vida de Lemaître es el de la conciencia, que Renán resolvió dejándose atrás su fe y sus anhelos espirituales, y Lemaître, con una filosofía a lo Petronio — un Petronio genuinamente francés.

* *

En cerca de los setenta frisaría ya Lemaître. Había empezado sus estudios en un Seminario, cerca de Orleans; los continuó en París, en otro Seminario; entró luego en la Escuela Normal Superior; fué profesor en varios Liceos, Escuelas y Facultades, y contaba veinticinco años cuando empezaron a llamar la atención sus primeros estudios de crítica en *La Revista Azul*. Por entonces también insertó en la misma Revista una novelita profundamente escéptica titulada *Serenus, historia de un mártir*.

Pensó al principio dedicarse a la enseñanza, pero la literatura le ofreció más risueños horizontes. Publicó su correspondiente tomo de versos y alternó las novelitas breves y las obras teatrales. Acaso yo sea injusta con el teatro y la novela de Lemaître, pero estoy por no hacer caso sino de su crítica.

Sus mejores artículos están reunidos en varios tomos, titulados *Los Contemporáneos*. Son de amenísima lectura, de punzante y a la par benévola y sonriente ironía, de una gracia delicada y velada, y de un buen sentido que a veces descubre, más que al francés embebido en Voltaire, al latino contemporáneo de Horacio. Y en todo es horaciano el insigne escritor.

* *

Lo curioso es que, habiendo Lemaître sido uno de los que más sintieron la influencia de Renán, se estrenó en la crítica con un indignado artículo contra el autor de *La Vida de Jesús*. Adhiriéndose a opiniones de Sarcey, declaraba Lemaître que Renán

en sus lecciones y cátedra se burla de su auditorio, se burla de sus lectores, se burla del mundo entero, y que verle y oírle, origina una profunda decepción. Y poco después de este artículo no tiene más brillante discípulo Renán que el convertido Lemaître.

El renombre que adquirió Lemaître debiólo a los dones que gratuita y caprichosamente reparten las hadas, y sobre todo, al encanto de una prosa que, sin ser perfecta desde el punto de vista clásico, es capciosa y atractiva cual no otra. Revoloteando sobre los asuntos, tomando pie de ellos para digresiones entretenidísimas, derrochando ingenio y agudeza, nadie diría que procede de la aburrida y satirizada pléyade de los *normaliens* este deleitoso *causeur*, la cosa más distinta del pedante colegio. Lemaître encarna el ideal del cronista, puesto que, sin gravitar nunca sobre un asunto, lo sugiere de un modo excitador para el pensamiento.

* *

Y en realidad, Lemaître, enemigo de sistemas, tiene su sistema crítico. Negando el dogmático, crea un dogma negativo. La crítica, según Lemaître, no puede aspirar nunca al dictado de ciencia; la crítica, como doctrina, es vana; hay pues que tomarla como arte, el arte de gozar de los libros, y, por medio de ellos, enriquecer y afinar la sensación. No hay nada estable, y menos eterno; el mundo cambia y cambiamos nosotros con él. Y basta que varíe el espíritu que refleja el objeto, para que sólo se pueda responder de una impresión transitoria. El crítico no debe arrogarse autoridad; las obras desfilan ante el espejo de su mente, y como el desfile es largo y el espejo cambiante, cuando desfila por segunda vez una obra, ya es distinta la imagen que proyecta.

El sistema es cómodo y grato, y tuvo que suscitar numerosos adeptos. Cualquiera gacetillero podía aplicarlo, escudándose con tan ilustre precursor. Sólo que, cuando las cosas son excesivamente cómodas, hay que desconfiar de su solidez. Son como los muebles y zapatos viejos, comodísimos, por lo mismo que les falta resistencia.

* *

El eje de la crítica de Lemaître es una curiosidad incesante, un interés vivo y superficial a un tiempo, la esencia del *dilettantismo*. Lemaître se declaró a sí propio el Don Juan de las letras.

Y es un caso Lemaître de una tendencia (que casi llamo vandálica) de muchos espíritus en el momento presente: no le interesa lo antiguo: no tolera el pasado. Sólo los autores modernos le importan. Es, por excelencia, el crítico de *Los Contemporáneos*.

Es, además, como tantos, un epicúreo. Su crítica es la crítica del goce. Naturalmente, no se trata de un secuaz de Epicuro de la especie porcina, que el poeta latino estigmatizó. Como el verdadero Epicuro, Lemaître profesa la templanza, detesta la violencia, quiere la virtud amable, y declara que los sentidos han de ser mandados y no mandar en nosotros. En suma, para Lemaître, como para Epicuro, el objeto de la sabiduría es la realización de la felicidad.

Por su concepción de la crítica, y más todavía por su manera de exponerla y expresarla, Lemaître es uno de los maestros del último tercio del siglo XIX, y ha influido poderosamente en una generación impregnada de impresionismo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acababa de leer los relatos de lo que en París acontece, más o menos exagerados, más o menos vistos al través de unos anteojos sombríos (aun cuando nunca lo son bastante los que dan la visión de las penalidades de la guerra) y me representaba a París sin luz; sin la alegría de sus restaurantes, de limpiísimas servilletas y cucos ramitos de flores; sin la fastuosa coquetería de sus espléndidos Almacenes, hoy convertidos en hospitales de sangre; entregado de noche a la rapacidad del apache siniestro, al cual se declaran impotentes para combatir, en horas críticas, los encargados de guardar el orden en las grandes urbes; cerrados los rumorosos teatros, apagadas las luces de la rampa, ya caídas de su pedestal las famosas (aunque tan medianas y afectadas) actrices parisienses, en dispersión los modistos, en quiebra los Bancos, por las nubes los comestibles, las familias temblorosas, en espera de la ruina o la muerte de un ser querido, y toda la ciudad bajo el peso de las tristes circunstancias. Y cuando estas imágenes ocupaban mi cerebro, he aquí que el correo me trae un paquete...

* *

El paquete venía de Francia..., del mismo París. Era un paquete de semillas, pulcramente envueltas, bien acondicionadas, remesa de la casa Vilmorin Andrieux... En medio del pánico, con la amenaza de la guerra encima, el trabajo, ese trabajo francés tan seguido, tan inteligente, tan delicado, proseguía, aprovechando la menor circunstancia para afirmar-se, para conservar la clientela.

Yo había hecho mi pedido dos días antes de la declaración de la guerra, en la cual nadie creía; y, al declararse ésta, supuse que la casa del célebre florista no volvería a pensar en su gentil comercio hasta que el huracán hubiese pasado...

Al ver su perseverancia, su tranquilo cumplir, sentí un momento ese entusiasmo por Francia, que tantas veces he experimentado, ante la demostración de su laboriosidad industrial, que tenía entre las manos, en forma de paquetito color de tierra, cuidadosamente preparado, a fin de que no se pierda ni se estropee la mercancía...

* *

Es bonito, dígame lo que se quiera, este aspecto del carácter de Francia, de su alma colectiva. Yo creo que hasta respeto debe infundir. Sí, respeto merece el paquete de semillas. Siembra de trabajo, germinación de bienestar, de riqueza, de esa prosperidad económica que permite, en un momento angustioso, hacer frente a las contingencias de una guerra y de una invasión. La Francia que trabaja es el verdadero obstáculo en que se estrellarán los alemanes, si fuese su propósito acabar con tan gloriosa nación.

Mientras el humilde paquetito de simientes de repollo, col y cebollas llega felizmente a su destino, los viajeros, los españoles se repatriarán en medio de fatigas sin número, de sufrimientos graves. En trenes militares, de pie, habiendo tenido que dejar su equipaje, sin permitírseles llevar consigo ni una maleta de mano ni un saquillo ni nada, vienen des-